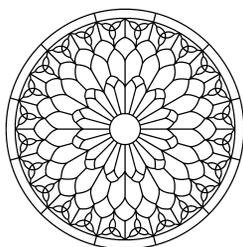


ALEXANDRA CHRISTO

LA
PRINCESA
DE LAS
ALMAS



GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

LA PRINCESA DE LAS ALMAS

Título original: *Princess of Souls*

© 2022, Alexandra Christo

Traducción: Juan Cristóbal Álvarez

Ilustración de portada: Rengin Tumer

Diseño de portada: Lisa Horton

Fotografías de portada: Shutterstock

Mapa: © 2022, Patrick Knowles. Todos los derechos reservados

D.R. © 2022, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-124730-5-6

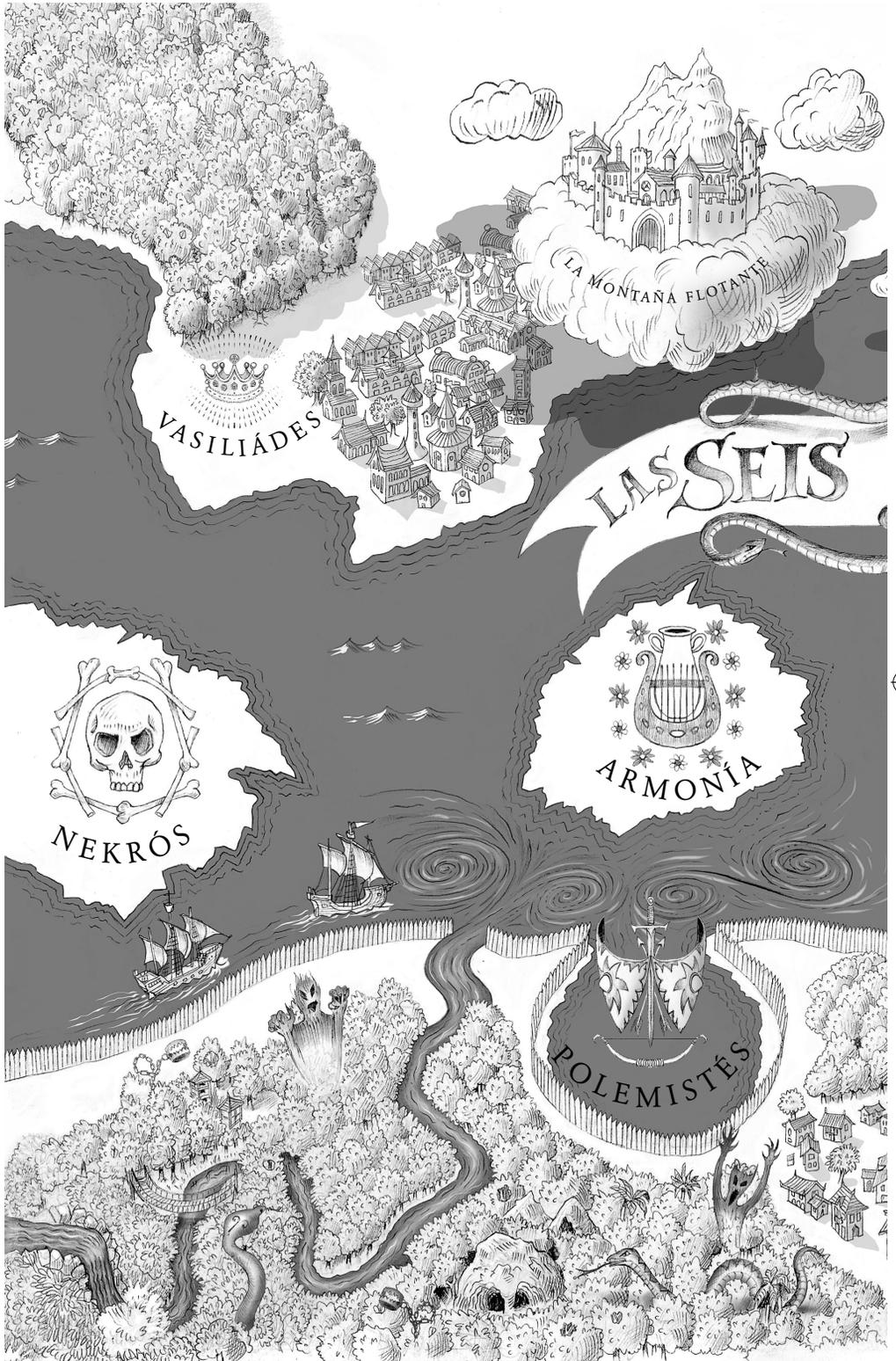
Depósito legal: B 2617-2023

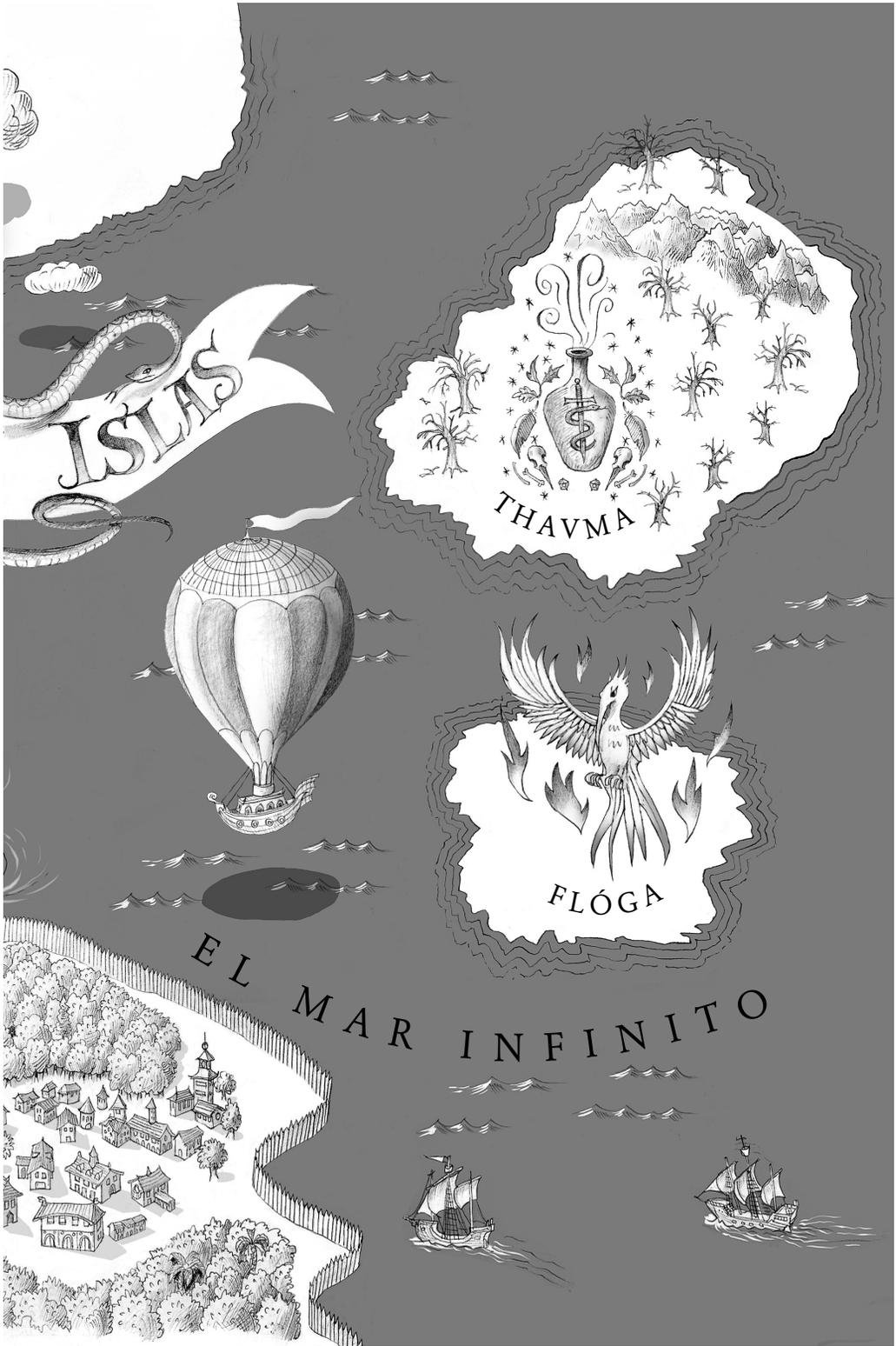
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005712010323

*Para mamá y papá, que siempre
han traído magia a mi vida*





1

SELESTRA

Puedo decirle a cualquiera cuándo va a morir. Sólo necesito un mechón de su cabello.

Y su alma, por si acaso.

Ésa es la función de una bruja Somniatis, vinculada al rey con magia envuelta en muerte. Para eso me criaron: para servir al reino y heredar el poder de mi familia.

Una bruja atada a las Seis Islas.

Por eso, nunca he visto el mundo más allá de la Montaña Flotante en la que se alza este castillo.

Pero no soy prisionera.

Soy la protegida del rey Seryth, y algún día seré su consejera más cercana; la mano derecha de la realeza, libre de ir adonde quiera y hacer lo que me plazca.

En cuanto mi madre muera.

Me paseo por los salones de piedra, con los guantes de marfil que me llegan a los hombros, donde empieza el brillo de mi vestido. Se supone que son para contener mis visiones, pero a veces parecen más unas riendas para someterme.

Para mantener a raya mis poderes hasta que sea el momento.

Pero no soy prisionera, me digo a mí misma.

Sólo no debo tocar a nadie.

Fuera del gran salón, hay una multitud reunida en una fila de futuros cadáveres. Casi todos andrajosos y cubiertos

de tierra como si fuera su segunda piel, pero algunos vienen cargados de joyas. Una mezcla de pobres, ricos y aquellos que están en el medio.

Todos, desesperados por evitar su muerte.

El Festival de los Presagios se celebra cada año, durante el mes de la Luna Roja, y mientras dura, cualquier habitante de las Seis Islas puede solicitar un presagio a la bruja del rey.

La fila da la vuelta a la esquina, así que no logro ver hasta dónde llega, pero sé cuánta gente hay. La misma de cada año: doscientas almas listas para negociarse.

Paso entre ellos tan rápido como puedo, como una sombra por el rabillo de sus ojos. Pero siempre me ven, y en cuanto lo hacen desvían la mirada.

No toleran el escarlata de mis cabellos ni mis ojos de serpiente; nada de lo que me hace distinta de ellos. Fijan la vista al suelo, como si de pronto no quisieran perderse el patrón de mosaicos.

Como si yo no fuera más que una bruja temible.

No entiendo por qué, ni siquiera tengo tanta magia todavía. A mis dieciséis, apenas se me ha prometido la herencia de mi verdadero poder, sigo a la espera del día en que reciba la magia de mi estirpe.

—¿Podrías esperarme un segundo? —dice Irenya, la aprendiz de costurera y mi única amiga en este castillo. Viene resoplando y corriendo para alcanzarme, hasta que me detengo fuera del Gran Salón. Me alisa el vestido, asegurándose de que no se vea ni un pliegue. Irenya es muy perfeccionista con sus vestidos—. Deja de retorcerte, Selestra.

—No me estoy retorciendo —le digo—. Estoy *respirando*.

—Entonces deja de respirar también.

Le muestro la lengua mientras juego con mis guantes, estirando los dedos y ajustándolos de vuelta para que la tela me acaricie la piel.

Una manía cuya repetición me relaja.

Me impide pensar en lo que va a ocurrir.

Ya debería estar acostumbrada. Agradecida de que se me haya permitido estar junto al rey Seryth durante dos años, recolectando cabello y viendo a la gente llegar de todas las islas para sellar sus destinos.

Debería emocionarme el Festival y todas las almas que ahí se cosechan. Observar a mamá hablar de los secretos de la muerte, como si fuera una vieja amiga.

No debería pensar en todas las personas que van a morir.

—No queremos que se vayan a desatar en la primera predicción —dice Irenya, quien mientras aprieta los lazos de mi vestido, estoy segura, sonrío—. Imagínate que te agachas a recoger un rizo y te traiciona el escote.

—Créeme —respondo sin aliento—. Ni siquiera me puedo agachar con esto encima.

—Ay, cállate. Pareces una princesa.

Eso casi me hace reír. Cuando era pequeña, antes de que mamá se convirtiera en una desconocida, me leía cuentos de princesas. Cuentos de hadas de doncellas recatadas, indefensas, encerradas en torres a la espera de que un apuesto príncipe las llevara hacia el amor y la aventura.

—No soy una princesa, Irenya.

Soy algo mucho más terrible. Y a mí nadie va a rescatarme de mi torre.

Empujo el portón de hierro del Gran Salón. Ya lo han vaciado.

No están las mesas de madera que se amontonaban en el centro, llenas de vino y risas crueles. La banda se ha retirado, y el recinto ya es sólo un lugar hueco.

Para un recién llegado sería imposible darse cuenta de que apenas hace unas horas los más ricos del reino celebraban la inauguración del Festival. Hasta mi torre llegaba la música, por las grietas de mi ventana se colaba el aroma de los pastelillos de brandi y miel.

Todavía huele. Pastelillos y fuego de velas, mechas carbonizadas y dulce aire ahumado.

Al otro extremo del salón puedo ver al rey, sentado en su trono negro hecho de huesos; un amoroso regalo de mi tatarabuela.

Su mirada se cruza con la mía al instante, como si hubiera sentido mi presencia, y me llama con el movimiento de un solo dedo.

Tomo aire y camino hacia él.

La capa de mi vestido se agita detrás de mí.

Es un adefesio rutilante que destella a la luz de las velas como un río de estrellas arrancadas. Es negriazul, oscuro y profundo como el Mar Infinito, y se enreda en torno a mi cuello, derramándose como agua sobre mi pálida piel. La espalda, atada por complicados lazos, está cubierta por una larga capa que fluye hasta el suelo.

Será la creación de Irenya, pero lleva los colores del rey.

Cuando los visto, le pertenezco.

—Su majestad —saludo al llegar ante él.

—Selestra —murmura—. Qué bien que has llegado.

Se apoya en su trono.

El rey Seryth es tan guerrero como gobernante, con largo cabello negro y pendientes de colmillo de víbora. Las serpientes tatuadas de su heráldica sisean por su rostro, y se cubre de pieles que se abren para mostrar los ejercitados músculos de su pecho.

Es así para que parezca amenazante, pero yo siempre he pensado que su rostro juvenil es mucho más atractivo que temible.

El verdadero peligro son sus ojos, más oscuros que la noche, que no revelan sino muerte.

—Estás espléndida —me dice.

—Gracias.

Empujo un rizo verde detrás de mis orejas. Nunca me han permitido cortarlo, así que llega más allá de mi cintura, al igual que el de mi madre. Pero al contrario del suyo, el mío se riza en las puntas, mientras el de ella es liso como el borde de un acantilado.

Todo en ella es filo y punta, labrado para herir.

—Buenas noches, madre —saludo con una reverencia.

Theola Somniatis, preciosa como siempre, se sienta junto al rey en un trono que brilla con monedas de chrim pintadas. Un vestido largo de hilo negro cubre su cuerpo en una mezcla de orlas y piel.

Tiene un aspecto elegante y fatídico, un cuchillo al alcance del rey.

Y al contrario que yo, no necesita guantes que la constriñan.

Aprieta los labios.

—Casi llegas tarde.

—No puedo caminar más rápido con estos zapatos —me excuso, y con un gesto levanto el vestido para mostrar los peligrosos tacones que hay debajo.

Esto provoca una sonrisa al rey.

—Ahora que estás aquí, podemos empezar —sentencia su majestad, quien levanta una mano para indicar a los guardias que abran la puerta—. Dejad entrar al primero.

Tomo aire, temblando.

Y entonces, comienza.

Me pregunto qué maldiciones nos mostrará la muerte ese día.

2

SELESTRA

Los guardias abren los portones del Gran Salón y veo entrar a la primera mujer.

Se acerca al trono, vacilante, con dos guardias flanqueándola de cerca al arrastrar sus pasos hacia nosotros. Lleva un vestido rojo oscuro, embarrado cerca de los tobillos.

La piel de mi nuca cosquillea mientras la mujer se acerca.

La muerte está en el aire, casi puedo saborearla, olerla en sus huesos.

Al seguir avanzando, con su falda del color de la sangre seca y las rosas muertas, adivino que no vivirá ni una semana.

Puedo *sentirlo*.

Y mi madre va a arrebatarle el alma, y el rey Seryth va a devorarla, como ha hecho durante más de un siglo. Alimentando su inmortalidad.

—Su majestad, sus altezas —dice la mujer al llegar a los peldaños de los tronos.

Hace una reverencia, tan baja que sus rodillas tocan el suelo y sus tobillos tiemblan por el peso.

Echa un vistazo a mi madre y noto el destello de pánico en sus ojos antes de que incline la cabeza.

Nos temen. Nos odian.

Y con razón.

Levanto la barbilla, recordándome que esto debería regodearme.

Es el único momento del año en el que me rodea la magia. Siento su vibración cubriendo el castillo, mientras el poder de mis antepasadas flota en el aire como el aroma del vino dulce.

Cuando no debo estar encerrada en mi torre.

Cojo las tijeras de la mesa y bajo la escalera.

—Con estas tijeras —digo a la mujer— cojo un mechón de tu cabello y sello tu lugar en el Festival de los Presagios. La muerte te buscará en esta Luna Roja. Vendrá a por ti una vez esta semana, luego dos veces la segunda semana, y el presagio que hoy recibas será tu única oportunidad de eludirla.

Recito las líneas con soltura, como he hecho desde que tenía catorce años.

—Si mueres, tu alma le pertenecerá al rey. Pero si llegas viva a la mitad del mes, se te concederá un deseo y tu deuda estará saldada.

La mujer asiente, ansiosa.

La promesa de un deseo hace que el Festival se celebre en todo el reino. He oído que los plebeyos hasta organizan juegos, apostando chrim a quién va a sobrevivir, festejando y bebiendo hasta el amanecer.

La gente sólo acepta el trato por la promesa de elevar un deseo.

Para los pobres y desesperados es una oportunidad de pedir chrim de oro o elixires curativos. Para los ricos y arrogantes,

un momento para maldecir a sus adversarios y aumentar la propia fortuna.

Y todos piensan que vale la pena pagar con sus almas.

Sólo hay que vencer a la muerte tres veces, se dicen. Puedo sobrevivir. Y algunos lo logran. Cada año, unos cuantos regresan a sus vidas con un deseo concedido, lo que inspira a las masas a intentarlo el año siguiente.

Pero cada año, al menos cien personas fracasan.

Es curioso que nadie las recuerde.

—Si eliges continuar después de la segunda semana, te advierto —le digo con voz funesta—, en representación de la muerte, el rey tendrá el derecho de cazarte hasta fin de mes. Porque si sobrevives a la Luna Roja, su inmortalidad será tuya.

Siento la sonrisa de Seryth detrás de mí.

No tiene miedo.

No le preocupa perder su trono ante ninguna de estas personas.

—Este pacto podrá matarte o traerte gloria sin igual —le digo.

Será lo primero, siempre lo es.

La muerte tiene el curioso hábito de siempre prevalecer, igual que el rey. Lo he visto de primera mano.

Además, nadie que sobreviva *trata* de pasar de la segunda semana. Que la muerte te persiga es una cosa, pero ¿el rey? Aun antes de reunir el ejército más letal que haya existido, su majestad ya era el guerrero más temible de las Seis Islas. Ha sobrevivido durante siglos, bendecido por magia oscura.

Sería una locura siquiera intentar enfrentarse a él.

Mejor pide tu deseo y vuelve a casa a salvo.

—¿Aceptas este pacto? —pregunto.

La mujer traga saliva.

—Sí. Por favor, sólo cójalo.

Con las manos temblando tanto como su voz, señala su cabello.

Extiendo las tijeras y cojo un mechón. La mujer suspira, su mirada se agudiza.

Me pregunto si siente algo. Un poco de ella será guardado, para que su alma quede atada a este mundo al morir.

Lista para que mi madre la use en su ritual.

Lista para atarse al rey.

—Hecho está —digo, dándole la espalda y poniendo el mechón en uno de los doscientos frascos de cristal que rodean la escalera hacia los tronos.

—Adelante —dice Theola—. Y extiende tu brazo.

Oigo a la mujer resollar mientras sube los dos primeros peldaños. Se arrodilla.

Theola extiende su mano y acaricia la palma de la mujer con delicadeza.

Cierra los ojos, con una lenta sonrisa de condena.

Las brujas Somniatis somos como sifones. Absorbemos energía y dejamos que pase a través de nosotras; energía como la de la muerte, que dejamos entrar a nuestras venas y humedecemos los labios. Así es como tenemos nuestras visiones, y podemos coger las almas de los condenados para servirlos al rey.

Es magia maldita, pero es la única magia que queda en las Seis Islas.

Mi familia se encargó de eso.

Theola se muerde los labios mientras lee el futuro de la mujer. Parte de mí ansía ver lo que ella ve, sentir el poder que te da conocer el futuro, contar los secretos del destino y liberar mi magia de sus cadenas.



Tocar a alguien por primera vez en tantos años.

Pero recuerdo a Asden, mi viejo maestro. Recuerdo lo que pasó la última vez que toqué a alguien.

Aún oigo sus gritos.

Sólo pensar en ello me flagela. Me enderezo al instante, tragándome el recuerdo antes de que el rey note que casi la sonrisa ha abandonado mi rostro.

Mi madre retira su mano y mira a la mujer arrodillada, cuya palma ha quedado impresa con la marca del rey Seryth: una serpiente negra que devora su propia cola.

Aparece en todos los buscadores de la muerte, marcando el pacto que han hecho.

—En una semana, tu hija más pequeña sucumbirá a la enfermedad —dice Theola. Su voz es fría y lisa como el hielo, como si hablara del clima y no de la muerte. No siempre ha sido así. Alguna vez fue cálida—. Morirá y, días después, cuando vayas a buscar sus flores favoritas, te atacará un animal del bosque que dejará tu cuerpo tendido entre los árboles.

La mujer jadea e incluso sus manos dejan de temblar; el terror la ha paralizado.

—No, que no muera mi pequeña —dice, negando con la cabeza, sin pensar en su vida ni en la muerte que mi madre ha vaticinado para ella—. Debe haber otro modo. Si sobrevivo hasta la segunda semana, puedo desear un elixir y...

—No va a durar hasta entonces.

Apretando la mandíbula, mi madre cierra el puño, y cuando lo abre hay un chrim de oro que no estaba ahí hace un momento.

Lo deja caer en la mano de la mujer que ha roto en llanto.

—Por la molestia —dice—. Pasa tiempo con tu hija mientras puedas. Si sobrevives, puedes venir a por otro deseo. Si mueres, recuerda la deuda que nos has prometido.



La mujer parpadea y abre la boca, para gritar o llorar o resistirse a su destino. Pero sólo sale un sollozo, antes de que su mirada recaiga en mí.

Puedo ver la denuncia en sus ojos mientras los guardias la levantan y sacan a rastras del salón. La idea de que debería avergonzarme de mi monstruosa familia y del mal que dejamos que se esparza por el mundo.

Pero ella no sabe, no entiende lo que significa ser una bruja Somniatis, atada al rey por un antiguo juramento de sangre. Si le dieran a escoger entre ser reina de la magia y prisionera, dudo que esta mujer eligiera algo distinto de mí. No entiende lo que pasaría si lo intento.

Aun así, cuando se pierde de vista, miro a mi madre.

—¿Crees que evitará el bosque para no llevarle flores a su hija? —pregunto.

Es una pregunta estúpida, y en el mismo instante ya estoy arrepentida de haberla pronunciado.

—¿Qué importa? —me reprende Theola—. Mientras tengamos las almas que necesitamos, da igual a quienes pertenezcan.

Sé que tiene razón.

Lo importante es que obtengamos al menos cien almas para fin de mes, así el rey podrá mantener su inmortalidad, y seguirá gobernando por siempre.

—¿No lo crees, Selestra? —pregunta mi madre cuando me quedo callada.

Su mirada es una advertencia para que asienta rápido.

—Claro —respondo.

Una mentira practicada.

—A mis brujas no les preocupan esas cuestiones —advierte el rey, mirándome impasible. Sus ojos son negros, muy

negros, tan ausentes de luz como el fondo de un pozo—. Recuerda eso, Selestra. Si es que algún día logras convertirte en una, en vez de permanecer como simple heredera.

Inclino la cabeza, pero aprieto los dientes.

Usa aquella palabra, «heredera», como insulto, porque no soy nada más que eso, ni para él ni para nadie, hasta que me vuelva una bruja Somniatis.

Las herederas no cuentan hasta que cumplen dieciocho y se unen al rey por el juramento de sangre, lo cual les permite aprender la verdadera esencia de la magia para ocupar el lugar de la bruja mayor cuando ésta muera. Hasta entonces seré igual a nada.

A veces, me siento como una mala hierba, saliendo de las raíces de un jardín extraño, incapaz de ser parte de él.

El resto de la noche es más de lo mismo.

Los guardias traen a la gente y se la llevan; se arrodillan mientras Theola les comunica sus destinos con un poco más que aburrimiento. Traicionados por sus amigos más confiables, ahogados en el río, apuñalados en la taberna que visitan todas las noches.

Todos tienen la misma mirada de horror una vez que se revela su muerte. Como si les hubieran lanzado una maldición, y no fuera algo que ellos mismos han buscado.

Yo permanezco callada, salvo para recitar las reglas del Festival. Recolecto los mechones docenas de veces, bajando los peldaños y mirando el hambre del rey cada vez que una persona acepta el pacto.

Cada alma que habrá de devorar gracias a la magia de mi familia.

Muy pocos sobrevivirán unas semanas para recibir su deseo.

Y ninguno sobrevivirá más allá, aun si osaran intentarlo.